

A MACARIO, EMOCIONADO Y CONVERTIDO, TRAS SU PASO POR EL SANTUARIO DE LOURDES

Estimado Macario:

Me cuentas en tu carta la emoción que te ha producido la visita al santuario de Lourdes. Hablas de los enfermos, de las piscinas, del Vía Crucis en la montaña, de las procesiones de antorchas y del Santísimo, de las celebraciones en la basílica de San Pío X, de las fuentes, de la gruta, de la Virgen... ¡Tantas emociones que te han producido un cambio en tu vida... me hablas incluso de tu conversión!

Te diré que todo esto no me extraña. Lo he vivido en no pocas peregrinaciones a Lourdes, a Fátima, y a otros tantos santuarios repartidos por el mundo a donde hemos peregrinado con la parroquia. Los santuarios, estoy convencido, son un lugar de gracia. Así como hay tiempos, los tiempos litúrgicos, a los que la Iglesia llama “*tiempos fuertes*”, hay lugares como los santuarios a los que, con todo derecho, podemos llamar “*lugares fuertes*”. En los días fuertes o en cualquiera de nuestros santuarios podemos encontrar el regalo de la conversión. No tienen la exclusiva, es verdad, pero sí que en esos tiempos y lugares Dios ha querido derramar, de manera especial, su gracia y sus dones.

Ya que has hecho este descubrimiento, permíteme que te indique algunos de los objetivos que tienen los santuarios en nuestra Iglesia actual. Te indico cuatro:

1 – El santuario, centro de animación de la vida cristiana

Un primer objetivo fundamental del santuario es hacer de él un centro de animación de la vida cristiana que sea, a la vez, escuela de apóstoles. Los alumnos privilegiados de esta escuela son los más débiles en la fe, sin olvidar a los miembros de otras religiones, sean cristianas o no, y a los indiferentes y ateos. Escucha lo que dice **Salvador Batalla**, en el *Diccionario de Pastoral y Evangelización*, comentando el término “*Pastoral del turismo*”:

“Los Santuarios han de convertirse en centros de auténtico apostolado, debemos descubrir en ellos la manifestación de la “religiosidad del pueblo, de la gente sencilla y de los pobres” (Evangelii Nuntiandi 48). A la vez que debe ser acrisolamiento de la propia devoción: “La auténtica devoción (mariana), no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes” (Lumen gentium 67). Incluso esta devoción común puede ser lugar de encuentro ecuménico (cfr. LG. 69) y siempre de acercamiento a la divinidad”.

La devoción, por tanto, no ha de crecer a impulsos de buenos sentimientos o continuas tradiciones, sino que requiere la disciplina de una fe adulta y comprometida. El paso de

la devoción al compromiso es una tarea que anima la vida del cristiano. Esta es una tarea urgente.

2 – El santuario, escuela de valores éticos

Es frecuente pensar que los santuarios pueden, y deben, enseñarnos también los valores éticos que necesitamos para nuestra vida social, familiar o personal. La Iglesia nos invita a pensar en ello y este es otro de los objetivos del santuario. En 1999, el **Pontificio Consejo para la pastoral de emigrantes e itinerantes** nos regaló un magnífico documento titulado *El Santuario. Memoria, presencia y profecía del Dios vivo*. En sus páginas leemos:

“El santuario asume una importancia profética, porque es signo de la esperanza más grande, que nos orienta hacia la meta última y definitiva, donde cada hombre será plenamente hombre, respetado y realizado según la justicia de Dios. Por esto, se convierte en llamamiento constante a criticar la miopía de todas las realizaciones humanas que se nos quieren presentar como absolutas. El santuario puede considerarse, por tanto, como impugnación de toda presunción mundana, de cualquier dictadura política, de toda ideología que quiera decir todo sobre el hombre, porque nos recuerda que existe otra dimensión, la del Reino de Dios que debe llegar en su plenitud. En el santuario resuena constantemente el Magníficat, en el que la Iglesia «encuentra vencido de raíz el pecado del comienzo de la historia terrena del hombre y de la mujer, el pecado de la incredulidad o de la poca fe en Dios» y en el que «María proclama con fuerza la verdad no ofuscada sobre Dios: el Dios santo y todopoderoso, que desde el comienzo es la fuente de todo don, aquel que "ha hecho obras grandes"».

El mismo documento afirma que el santuario, si cumple bien su misión pastoral, puede ser la escuela de la justicia, la solidaridad, la paz, e incluso, de la sana ecología para todos los fieles. Así afirma lo siguiente:

“A la luz de esto se comprende cómo una atenta acción pastoral puede transformar los santuarios en lugares de educación a los valores éticos, en particular la justicia, la solidaridad, la paz y la salvaguardia de la creación, para contribuir al crecimiento de la calidad de la vida para todos”.

3 – El santuario, centro de promoción vocacional

Otro objetivo del santuario que, sobre todo en el momento actual, puede servirnos en nuestra pastoral es su capacidad de desvelar y animar la vocación de los más jóvenes e incluso de los mayores. La vocación no es estática sino dinámica, es decir, no se tiene de una vez para siempre. La vocación hay que descubrirla cada día. En todo momento hemos de orar al Señor como Samuel: *“Habla, Señor, que tu siervo escucha”* (1 S 3,9), o como María: *“Aquí está la esclava del Señor, hágase en mi tu palabra”* (Lc 1, 38). La peregrinación y el santuario son un buen momento para escuchar al Señor y responderle con entusiasmo. ¡Cuántas vocaciones se han forjado peregrinando a Compostela o hacia cualquiera de nuestras ermitas! ¡Cuántas marchas y encuentros han sido la chispa que ha encendido una vocación o la ha potenciado!

Benedicto XVI lo tiene claro. En su *Mensaje para la XLVIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, del 15 de mayo de 2011, decía lo siguiente:

“Queridos hermanos y hermanas, vuestro esfuerzo en la promoción y cuidado de las vocaciones adquiere plenitud de sentido y de eficacia pastoral cuando se realiza en la unidad de la Iglesia y va dirigido al servicio de la comunión. Por eso, cada momento de la vida de la comunidad eclesial —catequesis, encuentros de formación, oración litúrgica, peregrinaciones a los santuarios— es una preciosa oportunidad para suscitar en el Pueblo de Dios, particularmente entre los más pequeños y en los jóvenes, el sentido de pertenencia a la Iglesia y la responsabilidad de la respuesta a la llamada al sacerdocio y a la vida consagrada, llevada a cabo con elección libre y consciente”.

Subraya el Papa las “*peregrinaciones a los santuarios*” para sentir la pertenencia a la Iglesia y la respuesta responsable ante la llamada de Dios. Tiene toda la razón. Deberíamos contar mucho más con las peregrinaciones y los santuarios a la hora de promocionar la pastoral vocacional.

4 – El santuario, meta del actual deseo de espiritualidad

Por último tocamos un tema de viva actualidad: el deseo de espiritualidad que se respira en el ambiente. Es uno de los datos positivos de nuestra época. Si Juan XXIII nos invitaba a “*discernir los signos de los tiempos*”, no hay duda que uno de ellos es la necesidad que se siente de espiritualidad y trascendencia. Es verdad que a veces se hace de modo equivocado como ocurre con las sectas. Es verdad también que se busca entre imperfecciones como ocurre con las cofradías. Es verdad que a veces se busca en lo exotérico y en lo paranormal. Lo cierto es que los hombres tenemos necesidad de superar lo meramente material y mirar a lo alto.

Entre los medios válidos que expresan este deseo de espiritualidad en el mundo actual, según los *Lineamenta* del **Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización**, están “*las peregrinaciones hacia los lugares de devoción, antiguos y nuevos*”. Estas son sus palabras:

“Este esfuerzo de llevar la cuestión de Dios dentro de los problemas del hombre de hoy sale al encuentro de la necesidad religiosa y del deseo de espiritualidad, que a partir de las jóvenes generaciones emerge con renovado vigor. La misma Iglesia católica es alcanzada por este fenómeno, que ofrece recursos y ocasiones de evangelización, inesperados en las pasadas décadas. Los grandes encuentros mundiales de la juventud, las peregrinaciones hacia los lugares de devoción, antiguos y nuevos, la primavera de los movimientos y de las asociaciones eclesiales, constituyen el signo visible de un sentido religioso que no se ha apagado. La “nueva evangelización” en este contexto pide a la Iglesia que sepa discernir los signos de la acción del Espíritu, orientando y educando sus expresiones, en vista de una fe adulta y consciente hasta alcanzar «la plena madurez de Cristo» (Ef 4, 13)”. (Lineamenta 8).

Estimado Macario, concluyo.

Los santuarios son, por tanto, faros de luz que guían a los peregrinos en medio del oscuro laicismo en que nos movemos.

Tú lo has experimentado en Lourdes. Demos gracias a Dios. Pero pidamos a continuación que pastores y fieles sepan reconocer, valorar y agradecer estos dones santos que son los santuarios. No dejemos que se empolven sus bancos y dejen de sonar sus campanas. Volvamos a ellos en peregrinación, en romería o en soledad, pero volvamos y respiremos profundamente su espiritualidad y su paz. No desaprovechemos este *“atrio de los gentiles”* del que nos hablaba Benedicto XVI.

“La dulzura del Señor sea con nosotros” (Sal 90, 17).

Un abrazo.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 9 de marzo de 2015